

EL HABLA Y LA LITERATURA DE LA SIERRA DE HUELVA

Por ANGEL MANUEL RODRIGUEZ CASTILLO
Profesor de Instituto
Párroco de Fuenteheridos

1. Introducción

En unas Jornadas de Patrimonio Histórico-Artístico de la Sierra de Huelva tiene, por fin, cabida una reflexión e iniciación a la lengua y la literatura como partes irrenunciables de ese patrimonio. En efecto, nuestra Sierra no sólo es rica en monumentos (iglesias, castillos, conjuntos urbanos, ...) de piedra; también posee un patrimonio espiritual e intangible compuesto por una lengua y una literatura que, dentro de la común lengua y literatura españolas, tiene caracteres propios porque, en definitiva, es expresión de unas peculiaridades humanas, de una visión de la vida y de la manera de colocarse ante ella.

A mí, personalmente, me ha interesado este tema desde que hace casi catorce años, vine a vivir a la Sierra y a ejercer mi ministerio sacerdotal primero, y mi trabajo docente después. Como cura, el estudio de estas peculiaridades me ayuda a conocer mejor al hombre serrano para quien quiero ser anunciador de la Palabra; como profesor de Lengua y Literatura, he descubierto en nuestra zona unas riquezas que los libros y programas con los que se educa a nuestra juventud no tienen en cuenta. Lo lamentable es que no sólo son los programas oficiales los que olvidan nuestra tradición, sino que muchas veces son los propios serranos los que, por desidia o por un complejo de inferioridad cultural injustificado, no valoran esta riqueza.

Quisiera que este trabajo, que no puede ser más que una introducción, un acercamiento, sirviera para despertar la conciencia de todos en torno a estos temas. Parafraseando una famosa frase evangélica, no sólo de piedras vive el patrimonio artístico e histórico, sino también de la palabra que sale de nuestro pueblo y sus escritores.

2. El habla de la Sierra. Puntualizaciones (1)

En una comunidad está íntimamente relacionada la forma de expresarse los individuos que la componen con las condiciones ambientales en que se desenvuelven. A su vez, éstas están determinadas por factores históricos, geográficos, culturales y socioeconómicos. Esto es el Abecé de la Sociolingüística, la moderna ciencia que estudia precisamente estas influencias.

La Historia nos dice que por esta zona han pasado todas las grandes civilizaciones que, a través de los siglos, ocuparon la Península Ibérica. Los trabajos de Moreno Alonso y Rodolfo Recio estudian estas influencias. Hay vestigios de la época romana en pueblos como Alájar, Aroche o Cortegana; por esta sierra discurría una de las vías romanas construidas en España, la que, procedente de Portugal en dirección a Aracena, iba luego a unirse con la Vía Esuri-Pax Iulia.

Los musulmanes dejaron su huella en la toponimia de muchos de los pueblos serranos: Alájar, «la piedra»; Galaroza, «Valle de la desposada»; Zufre, «tributo»..., y levantaron monumentos como la mezquita de Almonaster la Real.

Después, durante la Reconquista, en la Andalucía Occidental, participaron activamente Portugal, Castilla y León. Tras la reconquista empezó una rivalidad fronteriza entre Portugal y León, y más tarde también Castilla, que duraría mucho tiempo. En este período algunos de los pueblos de la Sierra, como Aroche, Alájar o Aracena, pasaron de ser portugueses a ser castellanos.

Estas circunstancias históricas se ven reflejadas en el habla de esta comarca. De los romanos quedan palabras como el verbo *zugar*, inexistente en el resto de España e idéntico al *zugare* latino. De los árabes subsisten abundantes ejemplos de topónimos, como los vistos anteriormente; y de los leoneses y portugueses, un gran número de leonesismos y lusismos, circunstancia bastante lógica, ya que el primer rasgo característico de la Sierra es su condición fronteriza tras la Reconquista, y la influencia lingüística portuguesa ha seguido existiendo hasta nuestros días.

Además de las vicisitudes de la Historia, en los hombres y los pueblos influyen las condiciones ambientales en que viven, como las diferencias físicas del terreno, las actividades que realizan o la orientación económica.

En este sentido, el serrano es totalmente distinto del habitante de la costa o el llano de la misma provincia de Huelva: es más reservado, menos espontáneo, más precavido y menos confiado. Tiene, en definitiva, una actitud más conservadora y tradicional que la de otras zonas de la provincia, condicionada esta actitud, sin duda, por el peculiar aislamiento tradicional de la Sierra. Este aislamiento, al que han contribuido las secularmente malas comunicaciones, ha condicionado la actitud vital de sus habitantes, ha evitado que llegara a ellos toda corriente innovadora en el terreno lingüístico, y al mismo tiempo ha conservado numerosos arcaísmos perdidos en otras zonas del castellano. Todo esto ha configurado un habla peculiar en esta zona norte de la provincia, distinta

no sólo del castellano que se habla en el resto de España, sino también del que se habla en el resto de Andalucía.

Esta diferencia y peculiaridad no lo es en la fonética ni en la sintaxis. En la fonética, el único rasgo diferenciador respecto a los otros hablantes andaluces es la S; no se usa aquí ninguna de las dos S andaluzas, la *ápico-dental*, o sevillana, ni la *coronal-plana*, sino la *ápico-alveolar*, o castellana. Dentro de la misma Sierra sí existe el caso de la LL de Encinasola, *palatal-líquida-lateral*, no africada, inexistente en el resto de la Sierra y, prácticamente, en toda España.

En cuanto a la sintaxis, como en el resto de Andalucía, el habla andaluza no tiene incorrecciones ni vicios de lenguaje, o cambios de tiempos y formas verbales, como sucede en otras regiones de España que tienen sobre nosotros complejo de superioridad hablante. Lo único que podríamos señalar en este sentido en la Sierra es el incorrecto *nada más hay que esto*, en lugar de *nada más que hay esto*, que sería lo correcto. Extraño, pero correcto, es el modo de preguntar que se oye a menudo *¿Lo qué?*.

Donde está realmente la diferencia y la personalidad del habla serrana es en el léxico, que se ha conservado incontaminado hasta nuestros días, y que hay que valorar como una parte muy importante del patrimonio cultural de esta zona.

Es un léxico riquísimo que el hablante serrano normalmente sabe usar muy bien, y en el que abundan los *arcaísmos*, los *leonesismos* y los *lusismos*. Entre los arcaísmos, o formas que pertenecen al castellano pero que ya han dejado de usarse y que aquí se conservan, podríamos poner como ejemplo palabra tan de uso corriente entre nosotros como *acabo*, *afucia*, *lieva*, *murgaño*, *herida* (de agua), *lapo*, *resecho*, *zugar*... Entre los leonesismos, castañas *piladas* (también arcaica), *liuda*, *fierro*, *negral*, *piterra* (como agujero pequeño), *resencio*, *sacho*... Entre los portuguesesismos: *fechar*, *gurumelo*, *lapo* (arcaísmo también)...

Está claro que, aunque atrayente, la finalidad de este trabajo no es hacer una enumeración exhaustiva de formas léxicas serranas. Sí se trata, sin embargo, de llamar la atención sobre dos aspectos en relación con el léxico serrano:

a.- No hay que confundir el auténtico léxico serrano con los vulgarismos o formas incorrectas, como hace el libro —por otra parte tan sugerente— *Recuerdos de Fuenteheridos* (2). Palabras como *aonde*, *ajuera*, *presinarse*, *agüela*... no son serranas: se dicen igual de mal en el habla vulgar de cualquier zona de la provincia.

b.- El aislamiento de la zona, gracias a los sistemas de comunicación social, está acabando. Esto debe procurar el desarrollo de la Sierra en todos los aspectos, pero tiene el peligro de acabar con estas peculiaridades lingüísticas. En efecto: el habla que se ha conservado incontaminado hasta ahora se está adulterando: el efecto igualador de la televisión en el aspecto lingüístico puede hacer —está haciendo, de hecho— que se pierda la personalidad de las distintas hablas que se dan en nuestro país. Como no se puede valorar —y por en-

de, conservar— lo que no se conoce, el hablante serrano debe tomar conciencia de este tesoro cultural que posee, para legarlo a las generaciones más jóvenes, que son más vulnerables a los ataques que vienen de fuera, y enseñarles a sentirse orgullosos de su habla.

3. La Literatura de la Sierra

Esta riqueza lingüística de que acabamos de hablar adquiere su máximo esplendor en la Literatura. En efecto, el lenguaje para el hombre no es únicamente un instrumento de comunicación en la vida de cada día: en manos de los poetas se convierte en fuente inagotable de belleza y se hace Literatura, Obra Literaria, donde el hombre se expresa y se reconoce a sí mismo en su más profunda dimensión.

3.1. Poetas y narradores anónimos

Nuestra Sierra es refugio de una especie en extinción: la de los mayores que hablan y hablan sin prisa pero con todo el encanto del mundo. Yo he oído embelesado a personas sin una especial preparación cultural contar hechos triviales con la técnica narrativa del mejor novelista; no sólo empleando un lenguaje correcto y sin vacilaciones, lejos del «bueno...», «esto...», tan frecuente hoy y tan extendido en una sociedad que ha perdido el gusto por la palabra bien dicha, sino usando los términos exactos y los sentidos profundos. He oído convertir el relato del hecho más común en una novela de suspense, o lanzar, en el momento preciso, la metáfora más audaz y sugerente con la misma fácil naturalidad con que los castaños sueltan sus erizos: sin darse cuenta ni importancia.

Creo que hay un sustrato literario en la Sierra, como un «humus» fecundo y fértil que florece en las conversaciones ordinarias de las casas, en las bromas y risas de las cuadrillas de apañadoras, o en el hablar sentencioso de los hombres endomingados. Seguro que a muchos de los que leen esto les pasa lo mismo que a mí: están pensando ahora que esa persona de su pueblo de quien tanto han aprendido; o están recordando aquellos ratos ante la candela, mientras se asan las presas de la matanza o circula el mosto, en que alguien cuenta el último suceso —o el más antiguo— del pueblo y crea a su alrededor un mundo distinto y nuevo con sus palabras. A nuestros narradores y poetas desconocidos les pasa como a las migas serranas: no están hechas sólo de pan, o de un hecho más o menos interesante. Llevan también la suavidad y esponjosidad de la papa, que es el gusto por la palabra y el recrearse en ella. La palabra «rumiada», que dice Carlos Muñiz.

Decía antes que ésta es una especie en extinción porque ahora la gente —también la de la Sierra— tiene menos tiempo para hablar y escuchar, para

conversar y recordar. Ahora parece que sólo hay tiempo para las series fosilizadas de la televisión.

3.2. Escritores de la Sierra

La Sierra ha dado muchos escritores. No tengo datos estadísticos, pero me atrevo a decir que en la Historia —por hacerse— de la Literatura en la provincia de Huelva, nuestra zona sería una de las que más páginas habría de necesitar. Y no hablo aquí de los poetas populares, que hay en todos los pueblos —y que un día habría que estudiar, reivindicar y reconocerles sus méritos—, que exaltan las romerías, los paisajes serranos, las imágenes de la Virgen, y, con más ilusión que medios, consiguen sacar programas de fiestas o pequeñas y entrañables revistas. Hablo y quiero hablar aquí de escritores consagrados, con una amplia obra reconocida no sólo en sus lugares de origen, razón por la que, paradójicamente, quizás no sean apreciados entre nosotros. En efecto, al haber sobrepasado las fronteras serranas, se convierten en patrimonio de un colectivo más amplio. Hemos de reivindicarlos como nuestros, como manera de enaltecerlos y enaltecernos: algo así como ha hecho Moguer con Juan Ramón, uno de los andaluces universales, pero gloria de su pueblo natal. Y esto se conseguirá divulgándolos entre nosotros, haciendo que en nuestras escuelas e institutos sean leídos y estudiados, fomentando la edición de sus obras.

3.2.1. Tipología del escritor serrano

Si tuviéramos que establecer una tipología del escritor serrano, una especie de «características generales» a la manera de las Historias de la Literatura, yo me atrevería, lanzándome sin red, a enumerar los siguientes:

a.- gran capacidad fabuladora en los narradores que construyen historias atrayentes, cercanas, a partir de los elementos más simples y comunes de la vida diaria. Narraciones breves como *La Julianita*, de José Nogales, o *Séis Doble*, de Carlos Muñiz, convierten elementos tan cotidianos como las fantasías y sueños de una muchacha que viene del campo, o una partida de dominó en el casino, en elementos mágicos y estremecedores.

b.- Una segunda característica, que entronca con la anterior, es el profundo conocimiento de la realidad y las personas que viene dado por el compartir un mismo origen y sentirse orgulloso de él. Fernando Labrador hace persona a la Sierra: a José Nogales no le importaría morir de una indigestión de morcillas en una matanza, y convierte en argumento literario sus juegos infantiles (los rehiletos). Carlos Muñiz pone a sus personajes nombres como Lisardo Galarozza o Filiberto Navahermosa, o utiliza el vocabulario añejo de la Sierra en sus relatos.

c.- Sería la tercera característica la «socarronería» o «retranca» con que

escriben estos autores, el humor fino con que se ríen de las situaciones difíciles, los sobreentendidos, el ir más allá —o quedarse más acá, según se mire— de las palabras, que tienen en ellos una carga superior dada por esa vivencia de una situación vital de que he hablado antes.

d.- La cuarta y última característica que quiero señalar es el dominio del lenguaje, que utilizan en todo su poder sugerente y connotativo. Evidentemente, este uso del lenguaje es lo que constituye la esencia y la base del hecho literario. Pero en Andalucía, tierra barroca por excelencia, esto se hace más acusado; y en la Sierra, donde la gente es sentenciosa y va lejos, aún más. La manera serrana de narrar, yendo y viniendo, pero sin perder el hilo, adornando con múltiples digresiones que no confunden, pero sí enriquecen... es como nuestro paisaje y nuestros caminos rurales, que no sólo van a un lugar, sino que pasan por unos lugares. Tan importante es la historia que se cuenta, como cada uno de los momentos o palabras de esa historia.

Se me podría objetar que cada una de estas características se puede aplicar a, o explicar de, muchos escritores. Es la unión de las cuatro en el mismo escritor lo que, en mi opinión, constituye esa forma especial de ser escritor que es la serrana.

3.2.2. Algunos escritores serranos

Debemos ahora referirnos a unas cuantas figuras señeras de las que ha producido nuestra Sierra. De entre la amplia nómina de escritores que existe, por razones de tiempo y oportunidad, voy ahora a fijarme en sólo cuatro.

3.2.2.1. José Nogales

José Nogales, que fue en vida maestro de periodistas (3); que prestigió con su firma a las mejores publicaciones periódicas de principios de este siglo; que derrotó en un concurso literario a Valle-Inclán y Rafael Cansinos-Assens; que puso toda su vida y toda su sabiduría al servicio de la verdad y la justicia, es ciertamente, como lo llamó otro escritor de esta tierra «arquetipo del serrano» (4). Espejo en el que hoy nos podemos mirar en nuestro afán regenerador de esta Sierra, es un hombre al que conviene leer y conocer, y no sólo dedicarle calles o grupos escolares.

El no era serrano de nacimiento —había nacido en Valverde de Camino—, pero sí de familia, tradición y vivencia. Reconstruir su biografía es algo en lo que estoy trabajando y que aún tengo incompleto; sin embargo, quiero aquí trazar unas líneas de los momentos fundamentales de su vida, corta pero plena. Tuvo su primera educación en Aracena, en el ambiente sano y religioso que él sabe describir después en cuentos como *El ángel de nieve* o *El Cristo de la Plaza*. Hizo su bachillerato y su carrera de Derecho en Sevilla, participando, a sus 18 años, en aventuras literarias como el Semanario *El Pensamiento*

moderno, con Méndez Bejarano, y en las luchas políticas y académicas de la Sevilla de aquella época.

Aunque este breve trabajo es imposible, por razones obvias, adornarlo y explicarlo con citas del autor, no me resisto a transcribir, como curiosidad, los primeros escritos publicados de José Nogales. Son versos juveniles de sabor romántico:

«La noche !hora solemne y misteriosa
que llena el alma de inefable encanto!
Cuando la sombra extiende silenciosa
su oscurísimo manto
que envuelve en las tinieblas este mundo,
presentimos a Dios, tras el profundo
abismo del espacio». (5)

y cuentos y artículos periodísticos de fondo crítico y socarrón con sabor a Larra: «Entonces, con cierto tono lacrimoso que os hubiera parecido cursi, pero que no lo es, exclamé: noche buena así será para los que comen, beben y duermen abrigados y satisfechos, pero para los que en mi caso se encuentran, la noche buena es muy mala: es una especie de sarcarmo que se nos dirige con panderetas» (6)

Por causas no del todo claras, antes de terminar la carrera se va a Marruecos con unos amigos: «Yo era muy mozo en aquellos días en los que, deseando mover las alas y escapar del nido, fui a Marruecos a pasar unas semanas y pasé algunos años», escribirá al final de su vida (7).

Allí funda con G. Trinidad Abrines *El-Mogreb-Al-Aksa*, que escribe ininterrumpidamente durante casi dos años. Tras su regreso a España, será su sucesor en el periódico el famoso gaditano Fermín Salvochea, de ideas parecidas a las suyas. Desde el periódico, con una punta de ironía típicamente serrana que será siempre su característica, lucha contra la venta de esclavos hasta conseguir que el propio Sultán intervenga.

De vuelta a España, conseguido por fin el título de abogado, interviene en Huelva en pleitos famosos y en empresas periodísticas (*La Rana*, *La Coalición Republicana*) propias e, incluso en colaboraciones esporádicas en el diario rival *La Provincia*, representante de los intereses oligárquicos, con cuyo director, Don José Cabañas, mantuvo una constante polémica unida al respeto y la amistad profunda y recíproca:

«Desde aquella noche —porque Cabañas no vivía más que de noche— fuimos amigos, nos tratábamos con intimidad, nos queríamos. Supe apreciar su certera vista para los asuntos, su indudable maestría para el periodismo, y fui su colaborador, no muy asiduo, pero sí muy gustoso, de su periódico *La Provincia*.

Después, luchas enredosas en que se discutían intereses de la región, nos separaron, nos aventaron a lados opuestos. En aquel can-

dente periodo en que los adversarios se negaban el pan y la sal, el aire y el fuego, él me combatió, yo le combati, nos comportamos como cordiales enemigos... Después de todo —suprema mezquindad humana!— a él y a mí nos separaba un poco de humo... el humo de la codicia minera, que arrasaba los campos, empobrecía los pueblos» (8)

He querido traer aquí esta cita de un artículo no muy importante de José Nogales —es un artículo de circunstancias, al fin y al cabo— porque nos revela su alma noble y caballerosa, su hombría de bien y su falta de rencor. Y porque hace alusión al tema de los humos.

Y es que José Nogales, abogado de prestigio en Huelva, no pudo evitar el sentarse en el banquillo él mismo como acusado. Acusado de incordiar a los caciques, de denunciar el mal gobierno de espaldas a los intereses del pueblo. Acusado de «injurias a un ministro de la Corona», a quien José Nogales echa en cara su inhibición en el conflicto de los humos, el «día de los tiros» de Riotinto, cuyo centenario se celebró en Febrero de 1988. Varias veces es José Nogales acusado y condenado por estos motivos a multas de hasta 125 pesetas (de 1888).

Hay después de esta tormenta un período de calma en su vida, cuando se instala, primero en Niebla y después en San Juan del Puerto. Es un tiempo —interrumpido por una breve estancia en Madrid como secretario de Burgos y Mazo— en el que trabaja como archivero de la Diputación Provincial, y se dedica a escribir. En 1891, con el seudónimo de Juan de Huelva, aparece su primer libro.

En 1900 se produce su consagración nacional cuando obtiene con *Las tres cosas del tío Juan*, el primer premio del concurso de cuentos de *El Liberal*. A partir de ese momento vivirá primero en Sevilla y después en Madrid colaborando sobre todo en ese periódico, cuya edición sevillana fundó y dirigió, pero también en *Blanco y Negro*, *ABC*, *La Ilustración Española y Americana*... hasta su muerte, rodeado de la admiración de los intelectuales, en 1908.

Durante este último período de su vida, las preocupaciones y las luchas de José Nogales son las mismas. Sigue denunciando el caciquismo y el atraso cultural de España; la pereza, el enchufismo, la pretensión de vivir de glorias pasadas, son fustigadas implacablemente y con un punto de ironía inatacable por nuestro autor. Sus dos únicas novelas —*Mariquita León* y *El último patriota*— aparecieron en un espacio de seis meses, lo que nos lleva a pensar que estaban escritas desde antes, seguramente durante la última década del siglo. Estas dos novelas son una crítica feroz de todos los defectos de la España de la Restauración, crítica matizada por un humor fino y condescendiente, que, por contraste, pone más de manifiesto la actitud vital y el pensamiento de José Nogales.

Sus artículos en *El Liberal* denuncian más directamente, sin el velo de la

ficción novelesca, la situación española, ofreciendo además, en el mejor espíritu regeneracionista, las fórmulas de vencer esta situación. Al mismo tiempo, José Nogales publica cuentos entrañables y maravillosos, en los que describe personajes, situaciones, paisajes de la España real, muchos de ellos inspirados en sus vivencias y recuerdos infantiles (9).

En estos últimos años de su vida levanta José Nogales un auténtico monumento literario a la España que él ama y quisiera ver regenerada, al mismo tiempo que participaba en movimientos de intelectuales que intentan cambiar la situación.

Tras su muerte, sentida y llorada por todos los que se interesaban por España y pretendían mejorarla, la figura de José Nogales se agiganta y cobra una mayor dimensión. Este proceso culmina en el homenaje nacional que, por iniciativa de *El Liberal*, se le tributa en 1926. Después, la figura y la obra de Nogales cae poco a poco en el olvido. Las circunstancias históricas se aceleran las contradicciones se agudizan, las posturas enfrentadas se radicalizan y se hacen violentas... y en este ambiente, José Nogales, un hombre de ideas claras y de sentido del humor, una figura que predica el trabajo y la comprensión liberal de unos para con otros, tiene poco que hacer.

Tampoco tras la guerra civil se le hace justicia. El toda su vida había denunciado los caciquismos y los fanatismos, y para los que intentaron recrear una España imperial de pandereta, no era útil, sino incómodo, quien había fustigado sin piedad estas ideas adormecedoras que enmascaraban la situación presente.

En otro lugar (10) he apuntado otras razones de índole formal que explican, aunque no justifican, este olvido en que ha caído José Nogales hasta hoy. Creo que los serranos le debemos una reivindicación a quién, en su manera de entender la vida, en su educación y en su obra literaria, tanto demostró sus raíces, que son las nuestras.

3.2.2.2. Fernando Labrador

Fernando Labrador es un poeta con mala suerte. Su fama de borracho e invertido hace que los que le recuerdan, no lo recuerden bien, y se hayan quedado en lo más intrascendente de su persona. Pero lo peor es que la mayor parte de su obra está inédita, dispersa y en peligro de perderse. No aparece en la *Historia de la Poesía en Huelva* escrita y editada por Baena y Sánchez Tello (11). Por todo esto es de los que más gusto da reivindicar y hacer presente entre nosotros, aunque sea con una escueta glosa en estas Jornadas de Patrimonio.

F. Labrador nació en Aracena, en 1893. Estudió en Sevilla, aunque dejó inacabada la carrera de Derecho, y repartió toda su vida entre Aracena, su finca de Zufre y frecuentes estancias en Sevilla, donde formó parte del grupo poético «Mediodía». Durante la guerra civil estuvo a punto de ser fusilado, y este epi-

sódio de su vida le inspiró los versos de su primer libro publicado, *Anticipo lírico de mis tres historias*, al que pertenece el siguiente soneto:

Y lo fatal llegó. Mil escarceos,
me creen un militar que, fugitivo,
la guerrera tiró. ¿Si saldré vivo?
Dicen «sí», dicen «no». Malos deseos.

Y llega un camión lleno de ateos,
me montan en el coche. ¿Qué objetivo?
¡Qué dolor de sordera! Soy cautivo.
¿Qué harán estos infames con sus reos?
¡Oh, qué escena la escena de este coche!
Aquella perra gente era de Aroche.
Señor! ¿Dónde me llevan? ¡Qué gran pena!
¡Qué trance de dolor el alma sufre!
La Higuera y, entre burlas, Valdezufre...
y a morir un colono me condena... (12)

Es la poesía de Fernando Labrador una poesía casi siempre bien hecha, siempre escrita en formas clásicas (sonetos, décimas, romances...), aunque también con abundantes ripios, cosa explicable al saber que, según me ha contado quien lo conoció bien, casi siempre escribía borracho. Es una poesía que, por debajo o por detrás de sus aciertos y sus fallos formales, es siempre vehículo de expresión de un anhelo profundo por elevarse: del fracaso de la vida hacia la plenitud; de la falsedad de la ciudad, hacia la autenticidad del campo; de lo traicionero del amor carnal, hasta la plenitud del amor divino. Fernando Labrador es un poeta en tensión cuyos versos son como flechas a lo alto. Ha experimentado en su propia vida la bajeza, el abandono y el desengaño. Por eso suenan sinceros y emocionados sus versos cuando clama por la pureza, la altura de vivir y la plenitud. Desde la limitación de su sordera, desde el fondo de su vida bohemia y desordenada, desde el hastío de muchas costumbres; incluso desde la humillación de estar barriendo las calles de Aracena por castigo del alcalde Daniel Martínez, sabe Fernando Labrador elevarse a una vida más trascendente y plena. Hay en sus versos recuerdo del arrepentimiento de S. Agustín y ecos, incluso formales, del Lope de Vega que, desde el pecado, clama arrepentido. No me resisto a transcribir aquí un soneto de *El alud de los amores*, lleno de esas resonancias, que explicita cuanto digo:

Conduceme al compás de tus ovejas,
sereno y buen pastor. En tus heridas
yo abrevaré mis fauces renegridas,
resecas de balar mis hondas quejas.

¡Oh, cuánto lloraré si no me dejas
llegar hasta tus márgenes floridas,
y tus plantas besar encallecidas,
y limpiar el sudor de tus guedejas!

No merezco tu amor, pero lo ansío.
Serenos y buen pastor, en mi escarrión
por el santo lucero de tu freno.

Si los lobos me acosan a mordiscos,
acércate hacia mí con tus apriscos
y ampara mi cabeza entre tu seno (13).

Todo este deseo de plenitud y elevación lo concreta Fernando Labrador en *Altas cumbres*, su mejor libro y el más conocido. Estas cumbres a las que el poeta aspira son las de su —nuestra— Sierra, paraíso para él soñado e idealizado, ámbito casi panteísta de su encuentro con Dios. Su amor por la Sierra impregna todos sus libros publicados (14) y también, al menos los títulos, los inéditos. Sin embargo es, como he dicho, *Altas cumbres* el que ya desde el comienzo, desde su gestación y nombre, está íntegramente dedicado a ensalzar la Sierra —siempre con mayúsculas y entrecomillada para él la palabra—, sus paisajes, sus gentes ilustres o sencillas, sus fiestas y sus labores:

«Tú mi musa serás, yo tu poeta»

o

«Quién pudiera ser de la Sierra el cantor»

La Sierra, en la que el corazón se exalta desde la tristeza y la hondura hasta la plenitud:

«Valles de lágrimas hay,
que así en la Salve se reza.
Valles de sombras en donde
las almas viven en pena.
Por ello es ventura grande
haber nacido en la «Sierra».

.....

quien a subir se acostumbra
a Dios siente más de cerca.

.....

Valles de lágrimas hay,
y no de lágrimas sierras» (15)

La mirada del poeta en la Sierra es cariñosa hacia los hombres y el mundo, exenta totalmente de rencores. Por *Altas cumbres* desfilan, descritos con ternura y admiración, los hombres ilustres de la Sierra, lo mismo que la gente humilde. Para Fernando Labrador, la Sierra, «antesala del cielo», es el lugar

deseado y escogido para su vida retirada, lugar ideal también para morir.

«Dichosos los que viven en la altura
lo mismo la del cuerpo que del alma.
No gusto de vivir en la llanura,
en alto su florón mece la palma.

En la «Sierra» vivir es mi ventura;
la muerte aquí veré con sabia calma,
ya que mi terrenal encarnadura
con tierra de mi «Sierra» se me empalma.

Se llenará mi tumba de corolas,
nacidas de la greda de mis huesos;
lirios blancos y rojas amapolas
sus tallos nutrirán de tierra mía.
No quedarán mis ojos allí presos
y en las flores saldrán a ver el día.

Como poeta y como serrano, Fernando Labrador merece un sitio en nuestros corazones, ya que no está en nuestras bibliotecas ni en nuestras antologías. Queden aquí estas breves palabras mías y estos versos suyos como testimonio de su presencia.

3.2.2.3. Jesús Arcensio

Jesús Arcensio Gómez Sánchez, que tal es su nombre completo, es un lujo, afortunadamente aún vivo, de nuestra Sierra. Hace tiempo que no viene por estas alturas de la provincia, por nostalgias familiares, según me ha confesado, pero es un serrano que ejerce como tal desde los pies a la cabeza. Su postura ante la vida de no dar importancia a lo que hace, de ser capaz de alcanzar alturas inmensas en su poesía y, sin embargo, estar ausente casi de la «poesía oficial», es una manera de ser auténticamente serrana, pues el serrano no es nada figurón. En efecto, aquí somos capaces un día de lo mejor y, al día siguiente, de no acordarnos de lo conseguido y que sean otros los que exploten el hallazgo. Esto, que hace que las cosas en la Sierra vayan como van, no pasa sólo en el terreno económico o social: también en poesía los poetas van por libre, sin dar importancia a lo que hacen, sin saber explotar lo conseguido. ¿Cómo se explica, si no, que un hombre como Jesús Arcensio, poeta por los cuatro costados, poeta hasta en la forma de acariciar la copa de vino, que sabe ver el encanto indescriptible de los sucesos más mínimos y cotidianos, sólo tenga un libro publicado (16) y, según mis noticias, después de mucho insistirle los amigos? Es cierto que figura en numerosas antologías (17), y que ha sido alma de todos los instantes poéticos de Huelva en los últimos cuarenta años, como atestiguan Sánchez Tello y Baena Rojas en la *Historia*

de la *Poesía en Huelva*, antes citada. Es cierto que es fundador y miembro esencial del grupo «Celacanto», donde trabajan juntos los poetas actuales de Huelva. Sin embargo, vuelvo a lamentarme, por su excesiva modestia y sentido autocrítico y por la pereza de sus paisanos, la mayor parte de su obra permanece inédita o dispersa en revistas y periódicos de muy difícil acceso.

Los avatares de la vida de Jesús Arcensio han sido muchos, y de todas sus experiencias vitales ha ido saliendo su poesía. Ha ido viviendo y escribiendo desde que nació en Galaroza y empezó sus colaboraciones en una revista de su pueblo que se llamaba *Manicomio*, sin darse importancia, dejando que otros, con menos méritos y capacidades, brillen más que él. Sin prisa para gastar el tiempo con los amigos, dándole a la vida más importancia que a nada; haciendo, por tanto, una poesía auténtica que brota, no del deseo de triunfar o figurar, sino de la vivencia profunda de la realidad:

«Me quedé tan sin todo, tan sin nada,
tan en pura pobreza deshauciada,
que soy el no tener reconocido» (18)

Estos versos pertenecen a un soneto al Niño Jesús, pero, sacándolos de ese contexto, creo que nos pueden aclarar a Jesús Arcensio. Por eso, además, no voy a hablar aquí de su relación e influencia en otros poetas.

Jesús es un poeta popular y satírico. El grupo musical «Jarcha» canta una letra suya tan de raíz popular como

«Vendrá la muerte,
vivimos cada instante
de pura suerte.
Vamos viviendo,
que tiempo habrá de sobra
para ir muriendo».

y aquélla otra que él mismo escuchó en un recital presentar como «letra popular muy antigua», y que es una solearilla que él compuso en su juventud al final de su relación con una novia que tuvo:

«Mira si soy desprendió
que anoche al pasar el puente
tiré tu cariño al río».

Ha llegado, en este aspecto, a lo máximo que puede llegar un poeta, en palabras de Manuel Machado: «Hasta que el pueblo las canta, las coplas, coplas no son».

Durante mucho tiempo, y con el seudónimo —otra vez el anonimato— de Doctor Pica-Pica, ha escrito en los periódicos de Huelva *Odiel* y *Huelva Información*, una letrilla diaria, criticando o alabando un hecho de actualidad, con la hondura y eficacia de un artículo editorial, y lo ha hecho en sonetos perfectos, décimas de insuperable factura y estrofas clásicas de construcción impecable.

Jesús Arcensio, por encima de estas precisiones que acabo de hacer, es un Poeta, sin adjetivos limitadores, que, en palabras de su amigo y también gran poeta onubense Rafael Manzano, «se mantiene fiel a un doble mandato: el de la poesía del Siglo de Oro, tersa, clásica, tibia como un mármol con sol; y el paisaje natal, que no es el marinero, sino el serrano» (19).

En su poesía Jesús Arcensio intenta acercarse a la realidad del hombre, a partir de sí mismo:

«Dejádme caminar conmigo mismo
o, cuando más, del brazo de mis sueños
por calles apagadas,
por silencios,
por larguísimas noches sin salida

...
Quiero no diluirme,
no perderme en ese laberinto de pasiones

...
yo pretendo aunar mi propia esencia,
mi razón de existir como quien soy,
mi para qué,

mi camino hacia un algo que no sé lo que es» (20)

A través de la realidad fundamental del amor, quiere ir a las cosas, al paisaje, a la compañera sobre todo. Desde la sensación de fracaso

«Ni tú ganaste, amor, ni yo tampoco:
nos perdimos en vaga nadería
y así se fue acabando poco a poco
el que nació con fuego y alegría
de repóker de amor ardiente y loco» (21)

hasta la vivencia de los sucesos más cotidianos como manifestación o epifanía de la amada:

«La mazorca del alba se desgrana
sobre la falda de los encinares.
Al silencio le cuelgan sus collares
madrugadoras lenguas de campana.

Buscan el corazón de la mañana
rubias lanzas de sol. Entre adelfares
va el río, espoleado en sus ijares
por espuelas de menta y mejorana.

El perro de la sombra huye, dejando
atrás tréboles, trigos, maizales...
Y ahora sí que madura aprisa el día.

A la luz de sus ojos sazonando
racimos de minutos matinales
llega a los campos ya la novia mía» (22)

Es Jesús Arcensio un poeta auténtico al que —lo vuelvo a repetir— le interesa vivir, que nunca

«mataba mariposas
para hacerle corbatas a sus versos» (23)

aunque en algún momento lo hubiera parecido, pues sus versos brota de una profunda vivencia lo mismo del suceso más nimio que de la angustia del abandono.

En el poema «*Cuando yo muera*» que acabo de citar, que es un hermosísimo poema de amor con resonancias de Pedro Salinas, Jesús Arcensio teme que

«...algún curioso
ratón de hemerotecas
podrá resucitar un día mi nombre
y lo incluirá en alguna antología
de poetas olvidados»,

y que en alguna ocasión como ésta, sus propios versos

«me harán un yo tan falso
que nadie podrá en él reconocirme»,

por eso yo termino este breve recorrido por su obra con las propias palabras de su autorretrato:

«Este que aquí, de pan e incertidumbre,
vive y desvive un poco cada día,
éste soy yo, de afán y de agonía,
de sed y agua, de ceniza y lumbre.

Hombre partido en dos —sueño y costumbre—,
hombre de hielo ardiente y llama fría
a quien lenguas de dulce poesía
lamen la llaga de su pesadumbre.

Hombre al fin, como tú, como cualquiera,
que no sabe quién es ni a qué ha venido
ni el color de la muerte que le espera.

Un hombre que ama y sufre, que ha bebido,
que es malo y bueno, que, en verdad, quisiera,
si hay que morir, morir como ha vivido» (24)

3.2.2.4. Carlos Muñiz Romero

«Celta y del Guadiana» se define a sí mismo Carlos Muñiz con una expresión, más que ingeniosa y sorprendente, verdadera. El se siente miembro de una raza antigua, bastante más que los árabes del Guadalquivir, y por eso, como buen serrano, de vuelta de muchas cosas cuando muchos van. Es una figura señera e importante de lo que se ha dado en llamar «nueva narrativa andaluza», expresión que pone de manifiesto un talante y unas maneras y que designa el «boom» que los novelistas andaluces protagonizaron en los primeros años setenta. Pero Carlos prefiere la charla de un hombre del pueblo a las exquisiteces literarias. Es sentencioso y tranquilo, como los personajes de muchos de sus relatos y, al par, zumbón y despiadado con los tontos de oficio y beneficio.

Es un hombre inquieto y viajero: ha vivido en seis provincias andaluzas, además de en las Islas Canarias y Sudamérica. Sin embargo, según me confesaba en una charla que mantuvimos hace unos años, sueña con lo que soñaba aquel andaluz, de Alosno, bien colocado en Alemania, con un espléndido sueldo y un mejor futuro en aquel país, cuando le preguntaron extrañados por qué lo abandonaba todo y se volvía a España: «Es que quiero tomar café en una sillita baja». Este es el íntimo deseo de Carlos, y ponerse a la escucha de la vida del pueblo, no con ánimos doctorales o salvadores, sino con deseos de aprender, él que tiene tanto en tantos sentidos que enseñar. Por eso le gusta viajar en autobús, observando el paisaje y oyendo a la gente. Un «tempo» lento y paladeado, como el que transcurre en sus relatos. Un dejar el alma entre las cosas y las gentes para recuperarla más rica y confortante.

Carlos Muñiz, además de serrano y escritor, es jesuita. Su vocación y su tarea religiosa es como el tercer pie que sostiene y explica su personalidad. Prefiere a S. Juan de la Cruz «como doctor místico más que como supremo genio literario» (25), y esto no para epatar y confundir a los sedicentes progres, sino como expresión de su sentimiento religioso, de su deseo de lo fundamental, más que de lo accesorio.

Su biografía, afortunadamente, no está hecha, sino haciéndose. Tiene tiempo vivido, pero le queda tiempo por vivir.

Nació en Rosal de la Frontera, y pasó su infancia y su juventud repartidas entre Jabugo, Galaroza y Fuenteheridos. Cuando estudiaba Derecho y escribía sus primeros versos bajo la mirada socarrona y crítica de su tío José Andrés Vázquez, entró en los Jesuitas, y hoy es todo un Padre Superior en Córdoba, después de haberlo sido también en Granada y Málaga. Sin embargo, como él mismo dice, a pesar de haber vivido en tantos sitios y sido tantas cosas, sigue pensando y viviendo a la serrana.

Su obra literaria es poética —aunque apenas ha publicado más que *Cachorro muerto*—, ensayística —*Seis poetas granadinos posteriores a García Lorca*

y multitud de artículos sobre la narrativa andaluza (26)—; pero sobre todo su obra es narrativa. *El llanto de los buitres* y *Los caballeros del hacha* —finalista del premio Ateneo de Sevilla la primera, y premio Angel Ganivet, la segunda— son novelas en las que realiza una indagación profunda en el ser del hombre, en sus contradicciones y limitaciones, al mismo tiempo que un ejercicio de lenguaje, rumiado, gozado, paladeado. Juan de Dios Ruiz Copete, en su acertado ensayo *Introducción y proceso a la nueva narrativa andaluza* define claramente el talante de escritor de Carlos Muñiz:

«Nada hay más claro, apenas se aproxima uno a este novelista, que el montaje de su realismo trascendente de instrumentación simbólica y gravitación idiomática. Y ya está aquí, anticipada, su estirpe narrativa: realismo simbólico trascendente por configuración y barroco andaluz por geografía y hechuras. En efecto, basta un atento recorrido por su obra, para advertir de una parte un encaramiento a los problemas serios que afectan hoy al hombre, probablemente determinado esto por su actitud vital que le ha llevado incluso a asumir una tarea comprometida y difícil y para advertir, de otra, su adscripción, su vocación a los estigmas del lenguaje que corresponde a los ámbitos de su geografía de nacimiento». (27)

A mí, personalmente, lo que más me gusta de lo que ha escrito Carlos Muñiz son los relatos cortos. Hasta ahora lleva publicados tres volúmenes con títulos tan sugerentes como *Relatos andaluces*, *Abderramán aupado a un dromedario y otros relatos cordobeses*, y *El sacamuelas en el dolmen y otros relatos por Huelva*. Son un total de 29 narraciones cortas en las que, apresando un instante de la vida, una aventura pequeña de seres pequeños, un paisaje o un ambiente, Carlos Muñiz llega a lo humano, a la situación límite muchas veces, a la moraleja socarrona:

«Dios quiera que tarde usted muchos años como espero.
Pero el de usted, por ejemplo, va a ser un buen cadáver.
Se lo adelanto como elogio» (28)

Una ironía, un conocimiento compasivo y amoroso del hombre, una sabiduría vieja como esta tierra son características del escritor Carlos Muñiz que nos permiten llamarlo y considerarlo serrano. De la siguiente sorprendente manera termina *Conductor de microbús se pasa al moro*, un relato divertidísimo y con referencia muy concretas a un año —1982— y unos acontecimientos, que se convierte en una reflexión profunda sobre el ser andaluz:

«Allí veía, entre fluyente y cuajada, la sangre cordobesa, tan ibérica y romana y visigoda y mora y castellana y hasta de Fernán Núñez. «El andaluz es universo», concluyó asombradísimo. Con este hallazgo, que maduró por el camino, se fue a su casa, y le espetó a su mujer:

— Andalucía es universo, Luisa: aunque hasta tenga un Papa pro-

pio, como el Clemente del Palmar. Tú, ¿qué dices?

— ¡Lo que daría el Tarradellas...!

Una vez más, Luisa había sentenciado con pocas palabras adecuadas, con una sola frase incompleta, pero rematada con un gesto, la sabihonda manera cordobesa de entender el mundo. Para ella, más intuitiva que Hegel, como Córdoba, la Historia se repite. Pero primero como tragedia, y luego como farsa». (29)

4.- Conclusiones

En estas páginas he presentado un panorama muy somero sobre el habla y la literatura de la Sierra. Se me han quedado muchas cosas que decir y muchos autores que nombrar: Arias Montano, que escogió esta nuestra Sierra para vivir y escribir; José Andrés Vázquez creador, con Blas Infante, de la idea andalucista; Fermín Requena, poeta e investigador de la Sierra, Cruz de Alfonso el Sábio y Cruz del Mérito Militar... pero no he pretendido hacer esta presentación exhaustiva. Tampoco he dicho nada de los escritores que están ahora haciendo su obra, poética o narrativa: Juan de Mata Rodrigo Moro, Jesús Díaz García, Rodolfo Recio, Federico Martín Delgado, Manuel Moya Escobar...

Tras excusar estas ausencias, sólo me queda, a modo de conclusiones, decir lo siguiente:

— Tenemos un rico patrimonio lingüístico y literario, que tenemos el deber de conocer y defender.

— Es necesaria la divulgación de las obras de estos autores entre nuestros niños y jóvenes primero, para que conozcan sus raíces y se sientan orgullosos de ellas. También hemos de divulgarlos y hacerlos conocidos en ámbitos más amplios.

— Como en nuestra Sierra no existe una, llamémosla así, «infraestructura» literaria, de bibliotecas, tertulias, grupos de poetas..., deberían las Asociaciones Culturales que organizan estas Jornadas de Patrimonio convertirse en lugar de encuentro de todos los que en la Sierra sienten y viven la literatura. Certámenes poéticos o revistas literarias, dos cosas muy ingratas para sus impulsores ciertamente, pueden ser, sin embargo, semilla de escritores.

El incluir en estas Jornadas de Patrimonio una conferencia sobre estos temas es una manera de empezar a valorar lo que en este sentido poseemos de riqueza. Si estos apuntes han servido para eso, me doy por muy satisfecho.

Angel M. Rodríguez Castillo
Fuentetheridos, 1989

NOTAS

- 1 En este punto me han sido muy iluminadoras las aportaciones de mi hermana, Josefa María Rodríguez Castillo, que prepara su tesis doctoral sobre el habla de la Sierra. Aunque sea en una nota, no quiero que deje de constar mi agradecimiento.
- 2 Recio Moya, Rodolfo, *Recuerdos de Fuenteheridos*, Huelva, 1988.
- 3 Su sobrino Chaves Nogales o José Andrés Vázquez son una muestra de su profunda labor en este sentido.
- 4 Recio Moya, Rodolfo, *José Nogales, el arquetipo de un serrano*, Revista «Huelva», de la Diputación Provincial, nº 2, Diciembre de 1981, p. 63.
- 5 Fragmento del poema *La noche*, en «El Pensamiento Moderno», nº 3, Sevilla, 1881, p. 3.
- 6 Fragmento de *Noche-Bucna*, artículo en «El Pensamiento Moderno» nº 4, Sevilla, 1881, p. 3.
- 7 *La vuelta de un amigo*, artículo en «El Liberal», citado por José Andrés Vázquez en *José Nogales, africanista*, en «Archivo Hispalense», nº 57, Sevilla, 1953, p. 55.
- 8 *Cabañas*, artículo de José Nogales en «El Liberal», Sevilla, el 22 de Julio de 1901.
- 9 José Nogales, *El ángel de nieve y otros cuentos andaluces*; antología de cuentos preparada por Amelia García-Valdecasas, Alcalá de Guadaíra, 1988.
- 10 Cf. mi introducción a *Mariquita León*, en la Biblioteca de Cultura Andaluza, nº 40, Barcelona, 1985.
- 11 Baena Rojas, José y Sánchez Tello, Manuel, *Historia de la poesía en Huelva*, colección Celacanto, nº 3, Huelva, 1987.
- 12 Labrador, Fernando, *Anticipo Lírico de mis tres historias*, Madrid, 1941, p. 111.
- 13 Labrador, Fernando, *El alud de mis amores*, Sevilla, 1948, p. 153.
- 14 Las obras publicadas de Fernando Labrador de las que tengo noticias son: *Anticipo Lírico de mis tres historias*, *El alud de mis amores*, *Altas cumbres* y *Azahares dolorosos*.
- 15 Romance *Valles de lágrimas hay*, en «Altas cumbres», sin pie de edición, p. 61.
- 16 *Treinta sonetos de Jesús Arcensio*, edición del Instituto de Estudios Onubenses, Huelva, 1975.
- 17 La última, la recientemente publicada *Prensa y Literatura en la España de la postguerra*, a cargo de José M.^a Padilla, edición de la Caja Rural de Huelva, Sevilla, 1988.
- 18 *Aguinaldo de la pobreza absoluta*, soneto de Jesús Arcensio recogido en la *Antología de poetas onubenses*, tomo I, Huelva, 1974, p. 92.
- 19 Manzano, Rafael, *Introducción al mundo poético de J. Arcensio* en *Treinta sonetos*.
- 20 Jesús Arcensio, *Poema de mí mismo*, recogido en *Historia de la poesía en Huelva*, de Baena y Sánchez Tello, p. 234.
- 21 J. Arcensio, *Partida*, ibidem p. 238.
- 22 J. Arcensio, *Horario agreste de amor*, en *Treinta sonetos*.
- 23 J. Arcensio, *Cuando yo muera*, en *Historia...*, p. 239.
- 24 J. Arcensio, *Auto retrato*, ibidem, p. 231.
- 25 Palabras introductorias a su relato *El sacamuelas en el dolmen*, en la antología *Texticulario andaluz*, Córdoba, 1985, p. 99
- 26 El fue quien acuñó el término «narraluz» para designar a los autores de la «nueva narrativa andaluza».
- 27 Ruiz-Copete, Juan de Dios, *Introducción y proceso a la nueva narrativa andaluza*, Sevilla, 1976, p. 227.
- 28 Carlos Muñiz, *El sacamuelas en el dolmen y otros relatos por Huelva*, Córdoba, 1985, p. 32.
- 29 Carlos Muñiz, *Abderramán aupado a un dromedario y otros relatos cordobeses*, Córdoba, 1982, p. 46.